AMÉN

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS

7

AMÉN

Con esta palabra termina nuestra oración. Con esta aclamación la Asamblea hace suya la Oración de quien nos preside. Con ella se hace un acto de fe, cuando se entrega el Cuerpo de Cristo, y cada fiel responde: *Amén*. De esta manera termina nuestra oración cuando la hacemos "por Jesucristo nuestro Señor". "Amén" decimos de inmediato. ¿Qué significa? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su historia? ¿Por qué la repetimos tantas veces y por qué se usa tanto en el vocabulario cristiano?

Es interesante penetrar en ella. Esta expresión pertenece a la liturgia judía. En el libro del Deuteronomio casi como un estribillo se repite una y otra vez (Cap. 27) "Y todo el pueblo dirá: Amén", ratificando de este modo las disposiciones que van haciendo los levitas ante el pueblo de Israel.

"¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, ahora y siempre! ¡Amén!". Así concluye la oración del salmo 41. "Amén, Señor" responde Jeremías a las promesas de Dios de darles la tierra que mana leche y miel. Isaías habla del "Dios del amén", es decir el Dios que da seguridad, que se compromete y es fiel. 28 veces usa el Antiguo Testamento esta expresión.

Y así pasó de la liturgia judía al Nuevo Testamento y a la liturgia cristiana. En los primeros siglos era la característica de la participación de los fieles de un modo activo en cada celebración. Con el Amén se proclamaba la fe en la Eucaristía y se ratificaba la oración. Más que un deseo, "Así sea", el Amén es la proclamación de una certeza: "Sí. Así es".

San Pablo le dice a los cristianos de Corinto: "Si bendices a Dios solamente en el espíritu, ¿cómo podrá el no iniciado decir "Amén" a tu acción de gracias, ya que no entiende lo que estás diciendo" (I Corintios 14, 16). En la comunidad primera a la acción de gracias todos respondían con su Amén. Insiste San Pablo en su segunda carta a los Corintios: "Cuando alabamos a Dios, decimos "Amén" por medio de Cristo Jesús" (II Corintios 1, 20).

Y en el Apocalipsis Jesús mismo es el Amén que se responde a Dios. Es la certeza de que Dios se manifiesta en Cristo Jesús, y que Jesús responde siempre afirmativa y fielmente a Dios. "Escribe también el ángel de la iglesia de Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el origen de todo lo que Dios creó..." (Apocalipsis 3, 14).

El Amén, entonces, está asociado a la alabanza y a la acción de gracias. Lo resume el Apocalipsis: "¡Amén! La alabanza, la gloria, la sabiduría, la gratitud, el honor, el poder y la fuerza sean dados a nuestro Dios por todos los siglos. ¡Amén!"

(Apocalipsis 7, 12). Con un Amén finaliza el Nuevo Testamento: "El que declara esto, dice: "Sí, vengo pronto". Amén. ¡Ven, Señor Jesús". Que el Señor Jesús derrame su gracia sobre todos" (Apocalipsis 22, 20-21).

San Justino, en el siglo II, dice: "El que preside hace subir al cielo, en cuanto puede, las oraciones y la acción de gracias, y todo el pueblo responde: Amén".

Por esto el Amén de nuestra oración eucarística nace de una firme convicción de la grandeza de Dios y de la confianza en el diálogo con Él. No es sólo la manera de ponerle punto final a la oración, sino una manera de hacer nuestra, festiva y resueltamente, esa oración. "Por Jesucristo nuestro Señor". "Por los siglos de los siglos".

Nuestro Amén, entonces, no se susurra. Se aclama. Se grita. Brota en nuestros labios del entusiasmo que Dios produce en nuestro corazón.

Al final de nuestras oraciones y al final de la Acción de Gracias: "Por Cristo, con Él y en Él..., todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos" nuestro Amén debe resonar potente y claro. Cantarlo en ese momento manifiesta el entusiasmo que nos ha producido el sacrificio de Jesucristo, su entrega en la muerte y su triunfo en la resurrección.

Vibrante debe ser también nuestra respuesta cuando el ministro de la Eucaristía nos muestra el Cuerpo de Cristo para la comunión, y respondemos con el Amén que es un verdadero acto de fe y de acogida. "Creo en el Cuerpo de Cristo y estoy dispuesto a recibirlo". ¡Amén!

Sugerencias:

1. Escribir la palabra "AMÉN" en grandes letras sobre el altar.

2. Cantar el "Amén" al finalizar la Plegaria Eucarística.